Tú, yo y el Alzheimer

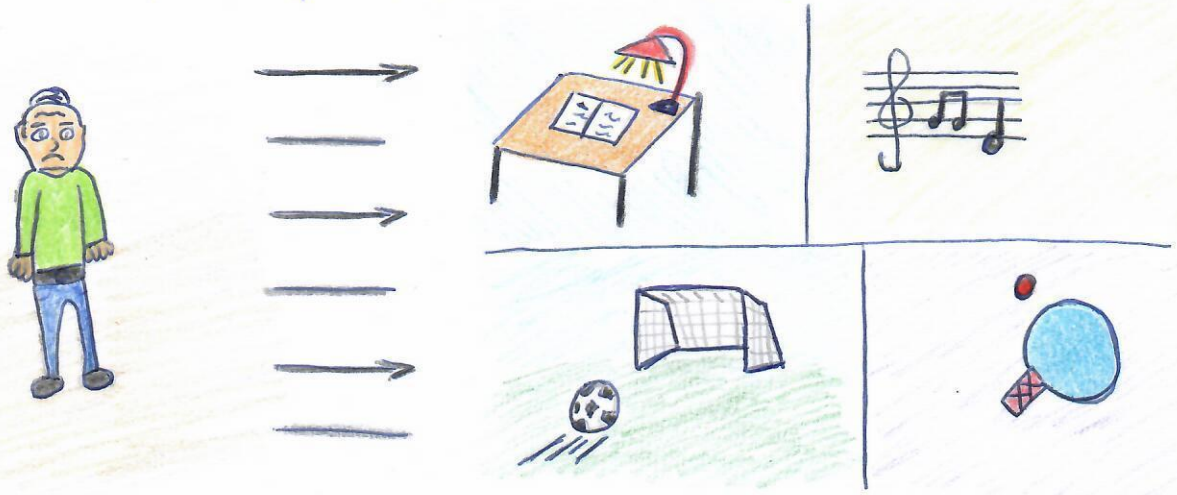
Voy a hablar de una persona muy importante para mí, mi abuelo. Su trabajo era muy importante, o eso decía él, siempre se presentaba como creador y narrador de historias, aunque su verdadera profesión había sido fontanero. Le encantaba hacer crecer la imaginación y convertir los sueños en aventuras. Creo que, si hubiera tenido la oportunidad, habría sido escritor de cuentos para niños, y estoy seguro de que habría sido el mejor.

Mi abuelo siempre nos reunía a mis hermanos y a mí alrededor de su viejo sofá. Él se sentaba allí como un verdadero rey y comenzaba a contarnos sus historias. Eran historias de aventuras, de lugares lejanos y de personajes increíbles. Algunas veces decía que todo lo que contaba había sucedido de verdad, aunque yo sabía que muchas cosas no podían ser ciertas. Pero eso no importaba. Nos encantaba escucharlo. Con sus historias podíamos viajar sin movernos del salón. Visitábamos países lejanos, vivíamos aventuras, descubríamos cosas nuevas y nos reíamos muchísimo. Todos nos quedábamos quietos y atentos, con los ojos muy abiertos, esperando el final.





Pero el tiempo pasó y nosotros fuimos creciendo. Empezamos a tener deberes, actividades extraescolares y otras cosas que, en aquel momento, nos parecían más importantes. Cada vez que mi abuelo nos llamaba para sentarnos junto a su sofá, muchas veces teníamos algo que hacer. "Ya os estáis haciendo mayores y no os interesan las historias de un viejo", nos decía.
Creo que aquello le hacía sentirse triste. Poco a poco, dejó de contar tantas historias. También parecía que cada vez soñaba menos.



Con el paso de los meses comenzaron a ocurrir cosas extrañas. Mi abuelo olvidaba cosas que antes recordaba perfectamente. A veces hacía la misma pregunta varias veces porque no recordaba haberla hecho. También le costaba encontrar algunas palabras, dejaba objetos en lugares extraños y después no sabía dónde estaban. Empezó a confundir los fechas y, algunas veces, incluso a las personas.



Mi madre insistió en que fuera al médico.
Después de varias pruebas, los médicos nos dieron la noticia: mi abuelo tenía Alzheimer.
Yo nunca había oído hablar de esa enfermedad. Mi madre me explicó que el Alzheimer puede hacer que una persona vaya perdiendo poco a poco sus recuerdos y que le resulte cada vez más difícil reconocer algunas cosas y a algunas personas.
Me puse muy triste. Pensaba en todas las historias que mi abuelo nos había contado y en todos los recuerdos que guardaba en su cabeza. Me daba miedo pensar que algún día pudiera olvidar a las personas que quería o incluso las aventuras que había inventado.

Así que decidí volver a sentarme junto a su sofá y darle todo el cariño que pudiera. Le pedía que me contara sus historias. Como yo me las sabía casi de memoria, cuando se olvidaba de alguna parte, yo continuaba el relato.
Volvíamos juntos a aquellos lugares lejanos. Regresábamos a aquellas aventuras que tantas veces nos habían hecho reír.



Con el tiempo, las cosas cambiaron...

Ahora soy yo quien se sienta junto a mi abuelo y le cuenta sus propias historias. No sé si me reconoce, no sé si recuerda las aventuras que inventó hace tantos años. Tampoco sé si recuerda que una vez fuimos nosotros quienes nos sentábamos a sus pies para escucharlo.
Pero hay algo que sí sé. Cuando termino una de sus historias, miro sus ojos y veo un brillo especial. Y entonces sonrío, porque quizá no recuerde la historia o quién se la está contando, pero, durante unos minutos, siento que mi abuelo vuelve a viajar conmigo. Y en ese momento entiendo que las historias pueden olvidarse, pero el amor que hay detrás de ellas puede quedarse para siempre.

